

Vida en un cuadro

Cine verde

La última hora, el documental producido y conducido por Di Caprio, que habla sobre el calentamiento global, tiene el sello de una industria donde la utilización de los recursos naturales de manera responsable está lejos de ser una prioridad. **TEXTO: RAFAEL LEMUS**

1. Imaginar. Imaginar a un copista de la Edad Media. Imaginarlo exhausto, sentado frente a un *scriptorium*, el cálamo en la mano. Lleva —digamos— seis o siete horas trabajando en la transcripción de algún libro de la Biblia y faltan cuatro o cinco horas para que concluya su jornada diaria. Esa es su vida desde hace —digamos— tres o cuatro lustros. Así será su vida hasta que muera o quede ciego. No puede renunciar a su oficio. No puede agregar ninguna anotación personal en lo que copia. No puede eludir ninguna letra, ninguna coma. Peor: no puede aburrirse. Si se hastía, comete uno de los pecados más graves: la *acedia*. Aburrirse con la obra de Dios equivale a afirmar que Dios es aburrido. Trabajar mecánica, desapeadamente en la transcripción de la Biblia significa que uno se distancia de Dios y de su obra. Sólo está permitiendo el entusiasmo. Sólo el arrojo es sagrado.

2. Imaginar. Imaginar a un espectador contemporáneo. Imaginarlo exhausto, sentado en una butaca, la pantalla de cine frente a sus ojos. Lleva —digamos— 70 u 80 minutos observando un tedioso documental sobre el calentamiento global y faltan 30 o 40 minutos para que concluya la película. Si viera una comedia romántica o un anodino thriller, ya hubiera abandonado la sala o, por lo menos, bostezado repetidamente.

Como la cinta es ecologista, no puede hacerlo: hastiarse sería mostrarse falto de compromiso. ¿Cómo dejar de ver una cinta sobre el calentamiento global cuando los villanos de la película son precisamente aquellos que parecen poco preocupados por el calentamiento global? ¿Cómo censurar una de estas cintas? ¿Cómo criticar, digamos, *La última hora* (*The 11th Hour*, 2007), el documental dirigido por Nadia y Leila Conners y producido y conducido por Leonardo DiCaprio?

3. Aceptar. Aceptar que *La última hora* es, si se le mira formalmente, una cinta muy criticable. Ocurre lo ya sabido: las buenas intenciones (advertir sobre los peligros del calentamiento global, denunciar a las corporaciones que más contaminan, aconsejar una vida saludable) terminan obstruyendo el buen funcionamiento de la película. La información es excesiva; la prédica, didáctica; el discurso, un tanto maniqueo. Los datos y las escenas, las filípicas y las catástrofes, se suceden tan rápidamente que, en vez de sensibilizar al espectador, lo sedan y saturan. Inútil buscar en sus casi dos horas cierto atrevimiento formal, un hallazgo estético; es un documental más, no demasiado distinto a los documentales televisivos. ¿Entonces? Que es difícil desechar así, de un plumazo, la película. Aunque su confección es burda, su contenido es intachable. ¿Sólo porque trata sobre el calentamiento global? No: porque, en vez de concentrarse en la superficie del problema,

roza sus raíces; porque, en lugar de advertir a la manera del *new age* sobre las bondades del ecologismo, asume una agresiva postura política. ¿Contra quién? Contra las grandes corporaciones y, de modo más particular, contra las corporaciones petroleras. Contra la administración de George W. Bush y, de manera más general, contra el capitalismo salvaje. Deben ser pocas, muy pocas, las películas estadounidenses más adversas al mercado que ésta. Al final, su mensaje es sencillo y contundente: para vivir más y mejor hay que consumir sencillamente menos.

4. Desmentir. Desmentir lo que algunos podrían empezar a sospechar: Hollywood no es una industria “ecológicamente responsable”. Por el contrario: es una industria altamente contaminante. No se piense sólo en las pilas de basura visual y de ruido que producen sus peores películas; o en el gasto idiota y el desperdicio bárbaro de sus estrellas: la opulencia irresponsable, los demasiados autos, los tres jets privados de Tom Cruise. Piénsese, también y sobre todo, en su manera de producir. Al revés de otros muchos sectores de la industria, Hollywood no parece interesado en producir sustentablemente.

Todo es grande: el consumo y el desperdicio, los costos de producción, la estúpida inversión en publicidad. Todo es excesivo: las estrellas que viajan de un escenario a otro en vuelos privados —en vez de hacerlo en aviones comerciales, reduciendo las emisiones de contaminantes— y los automóviles y las casas y los demás objetos que explotan casi siempre injustificadamente. Los ecologistas más radicales agregarían con razón: nacido en la cúspide de la industria, el cine ha sido y sigue siendo un decidido promotor del modo de vida industrial. Véanse si no las electrizantes persecuciones automovilísticas, los increíbles espectáculos aeronáuticos, el continuo elogio de todo aquello que consume desafortunadamente petróleo.

5. Terminar. Terminar sin fuegos artificiales.

1. Leila y Nadia Conners, directoras de *La última hora*, con Leonardo Di Caprio.



FOTOS: GETTY IMAGES

FOTO: AFP

SI QUIERES SABER CÓMO SE MANEJA
UNA IMAGEN
 PRIMERO TIENES QUE APRENDER
A CREARLA

**MAESTRÍA EN INGENIERÍA
 EN IMAGEN PÚBLICA®**
 R.V.O.E. 2024126

Generación 30 Inicia 7 de julio

Horario Nocturno
 Planta docente estable y calificada con 9.5
 Alto rendimiento sobre inversión

Pregunta por nuestros cursos de alto rendimiento

imagenpublica.com.mx
 50.80.88.00 ext. 2

IMAGEN PÚBLICA®
 Colegio de Gran Clase®

Victor Víctor González